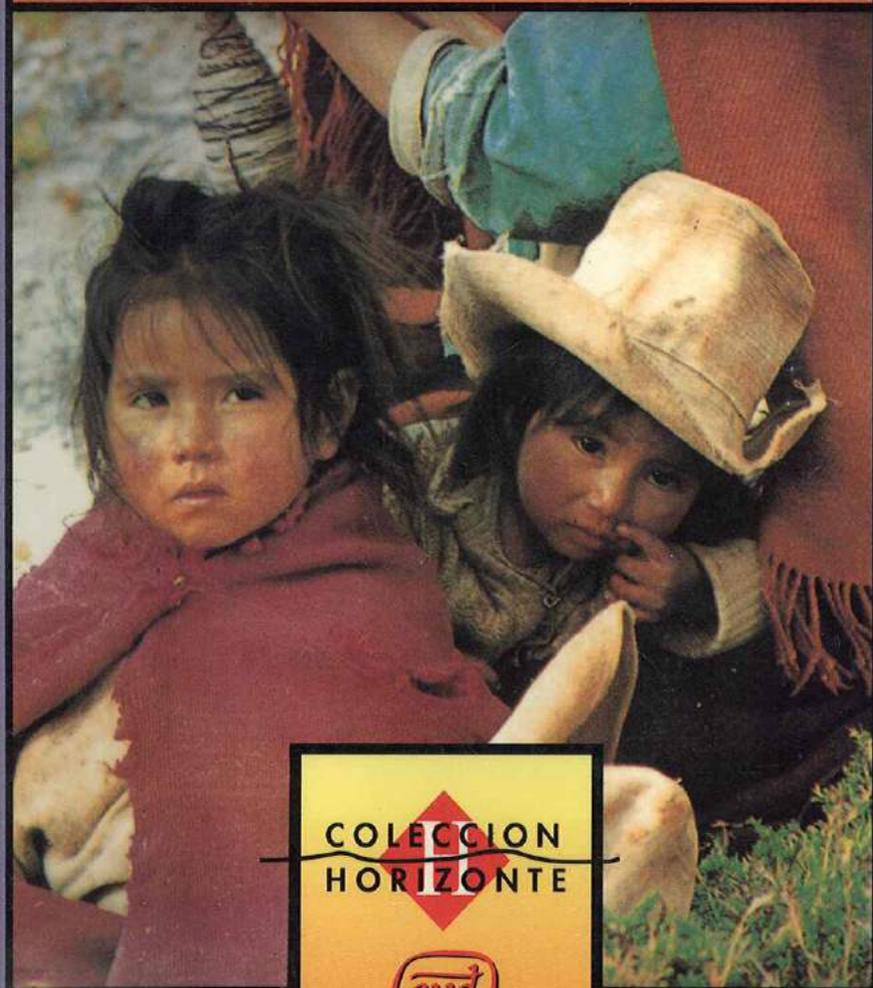


DIOS EN LA BASURA

Otro «descubrimiento»
de América Latina

Dorothee Sölle

e d i t o r i a l v e r b o d i v i n o



COLECCION
HORIZONTE

evd

DIOS EN LA BASURA. Dorothee Sölle, apasionada de una teología crítica, tuvo ocasión de hacer un viaje de varios meses por distintos países de América Latina. El presente libro recoge, en una especie de instantáneas, las impresiones de sus numerosos encuentros y las profundas inquietudes que conmovieron su espíritu. El libro hace preguntas y busca respuestas. Lo que no pretende es ofrecer recetas baratas, como tanto le gusta hacer a nuestro Primer Mundo. Su sensibilidad reacciona inmediatamente a los más pequeños estímulos que surgen a su paso. Con agudeza intuitiva desgrana sus observaciones: cómo en medio de la pobreza y de la miseria absoluta sobrevive una dimensión de humanidad; cómo los seres humanos sacan fuerzas y energías de donde sea, porque no pueden permitirse el lujo de la desesperanza; cómo en medio de la coacción y de la violencia se abren caminos secretos de liberación; cómo las mujeres se muestran extraordinariamente audaces, a pesar de estar maniatadas por el machismo; cómo las costumbres autóctonas de la vida india desafían a todo sometimiento; cómo la teología de la liberación se dedica a los desheredados y se enfrenta al autoritarismo. Dorothee Sölle ha vivido y ha experimentado por sí misma qué es lo que significa en estos países la libertad individual y la colectiva. En sus relatos nos enseña a mirar con el corazón.

DOROTHEE SÖLLE nació en Colonia (Alemania) el día 30 de septiembre de 1929. Es teóloga de profesión y escritora. Actualmente reside en Hamburgo.

BIBLIOTECA DE
EDUCACION Y DESARROLLO

N.º I-26

Dios en la basura

Otro «descubrimiento»
de América Latina



3
SÖL
DIO

Dorothee Sölle

ALBOAN

Dios en la basura

Otro «descubrimiento» de América Latina



EDITORIAL VERBO DIVINO

Avda. de Pamplona, 41
31200 ESTELLA (Navarra)

1993

Fotografía de portada: *Päpstliches Missionswerk der Kinder in Deutschland (PMK)*.

Título original: *Gott im Müll*.

Traducción: *Dionisio Mínguez*.

© Deutscher Taschenbuch Verlag GmbH & Co. KG, Munich, 1992. © Editorial Verbo Divino, 1992. Es propiedad. Printed in Spain. Fotocomposición: Compomática Azul, (948) 30 32 37 (Navarra). Impresión: GraphyCems. Ctra. Estella-Lodosa, Km. 6, 31264 Morentin (Navarra).

Depósito Legal: NA. 1497-1993.

ISBN: 84 7151 889 9

Para Carolina, allá en Carabuco,
que hace muchas cosas que
para mí sólo podrían ser un sueño,
que vive experiencias que
yo a duras penas persigo con palabras,
que lleva un sufrimiento
del que yo bien hubiera querido preservarla;
muy lejos y, sin embargo, muy cerca
del recuerdo de ese fuego
que todas necesitamos para vivir,
madres e hijas.

Prólogo

Hace quinientos años, América debía de estar cubierta por un denso velo de misterio. A su calor y abrigo, multitud de seres humanos vivían al propio ritmo de su existencia: nacían niños y morían ancianos, los trabajadores extraían oro de las montañas y cosechaban frutos de la tierra, construían bellas ciudades y las regaban con sofisticados sistemas de canalización.

En 1492 se arrancó ese velo misterioso. Y comenzó una insaciable y violenta aniquilación de pueblos con sus culturas ancestrales y una destrucción sistemática de su exuberante naturaleza. Se había rasgado el velo protector, y el continente quedaba al descubierto.

Hoy, quinientos años más tarde, ese «des-cubrimiento» es objeto de celebración por parte de los que se aprovecharon —y aún siguen aprovechándose— de aquel acontecimiento.

Pero en la actualidad hay un segundo descubrimiento de Latinoamérica que va a contrapelo del primero y que trata de analizar la deplorable situación creada por aquellos descubridores. Las cifras de una adversidad obstinada, los informes sobre una pobreza que podemos calificar de «absoluta», las inquietantes predicciones económicas, la destrucción apocalíptica del medio ambiente son datos sobradamente conocidos por amplios estratos de la población e implacablemente difundidos

—aunque sin estudiar sus verdaderas causas— por los medios de comunicación social. Sin embargo, la reacción de los países ricos a esa desnuda presentación de la miseria no es precisamente una conmoción visceral, un cambio de actitud o una búsqueda de estrategias alternativas. De hecho, todo se reduce a un sórdido desinterés, a un encallecimiento rutinario, a la más absoluta indiferencia, a una aterradora insensibilidad. ¿Hay alguien que llegue a sentirse asfixiado por la miseria que sofoca a esos otros pueblos? Esta tremenda frialdad que caracteriza a una cultura tan próspera como la nuestra revuelve poderosamente los sentimientos más profundos de cada uno de nosotros.

Lo que pretendo con este libro es hacer «otro» descubrimiento de América Latina. Cualquier descripción de la miseria, por exacta que sea, resulta del todo insuficiente, porque es incapaz de percibir la dignidad del ser humano. No se para a contemplar la risa, la lucha, la oración, la música que subyace a lo que ve exclusivamente como factores estadísticos. No basta reseñar el mal causado a una persona, porque, desde ese punto de vista, él o ella no pasan de ser un mero objeto. Aquí cobra todo su sentido aquella palabra del apóstol Pablo: «La esperanza de lo que —objetivamente— se ve, no es propiamente una esperanza» (Rom 8,24). El otro punto de vista que pretendo desarrollar se fija en lo que no se ve, en lo que no se oye, en lo que no se puede expresar. Es lo que añade el propio Pablo: «En cambio, si esperamos lo que no vemos, estamos aguardando con perseverancia» (Rom 8,25).

En numerosos viajes, pero sobre todo en el último que, durante dos meses y medio, me ha dado la oportunidad de recorrer siete países de América Latina, he procurado descifrar algunos signos de esperanza, aun cuando el inexorable paso del viento haya borrado prácticamente toda huella. He entablado conversaciones con la gente, he escuchado con atención sus innumerables historias, he participado en discusiones en las que siempre se planteaban las preguntas más elementales; he procurado tener los ojos y los oídos bien abiertos, en cuanto me ha sido posible, aunque desde luego no lo suficiente.

He intentado descubrir historias de liberación de un dominio todopoderoso. La verdadera historia de la libertad es historia de liberación del poder, y su realidad comporta dos vertientes: un ámbito de libertad en el que desarrollar la vida y métodos que respeten esa libertad. Ahora, después de algunos meses, pienso que he recorrido todas esas tierras precisamente en busca de esas historias. Como si me moviera una especie de hambre espiritual. ¡Qué satisfacción se experimenta al ver que en ciertos sitios, aunque sea por breve tiempo y en circunstancias muy especiales, se ha logrado vencer ese despotismo que atenaza la vida humana! Precisamente del recuerdo de esa victoria sobre el poder «del pecado y de la muerte» (Rom 8,2) es de lo que se alimenta la tradición que me mantiene firme. El mayor enriquecimiento que me han proporcionado estos viajes ha sido poder compartir y renovar mis convicciones de fe en contacto con los que viven mi misma tradición. Por eso, quisiera expresar mi agradecimiento a tantos hermanos en la fe y coautores de este libro transcribiendo sencillamente sus nombres:

Walter Altmann, Carmelo Alvarez, Benno Asseburg, João Biehl, Laura Bonaparte, Fernando Castillo, Beatriz Melano Couch, Franz Dahmen, Wanda Deifeldt, Ellen Dobberahn, Carlos Dreher, Martin Dreher, Enrique Dussel, Julia Esquivel, Werner Fuchs, Ivonne Gebara, Miguel Gray, Gustavo Gutiérrez, Manuel Hilari, Hans Hillenbrand, Franz Hinkelammert, Haidi Jarschel, Barbara y Thomas Kemper, Juan Larco, Carlos Lenkersdorf, Gabriela Massuh, Angelika Matulla, Käthe Meentzen, Domingo Llanque, Luciano Metzinger, Saskia Ossewaarde, Rosanna Panizo, Joachim Pfeiffer, Annebelle Pithan, Carlos Corvalán Rojas, Milton Schwantes, Ute Seibert-Quadra, Irene Sievers, Vicente Paulo da Silva, Wolfgang Speck, Danilo Streck, Elsa Tamez, Ruth Tichauer, Gerhard y Martina Tiel, Hans Trein, Laif y Rivkah Vaage, Victor Westhelle.

Además quiero dar las gracias a la Escuela Superior de Estudios Teológicos de São Leopoldo, Brasil, que me brindó la oportunidad de impartir un cursillo de un mes, y al Goethe-Institut de Munich por su generosa invitación a realizar este viaje.

Capítulo primero

El rostro de la pobreza

Wanda cuenta cómo se hizo feminista

Wanda, una joven pastor luterana en tierras de Brasil, me cuenta la siguiente historia:

«¿Quieres que te cuente cómo me hice feminista, precisamente yo, que vengo de una región rural muy protegida y de implantación luterana? Pues bien, por entonces yo estaba haciendo prácticas en un pueblo, porque quería ejercer como pastor en mi Iglesia. El sacerdote y una monja no hacían más que hablar de espinacas: '¿Habrás que regarlas por la noche o mejor, quizá, por la mañana?'. Esa era toda su conversación con los colaboradores de planificación pastoral para el Nordeste, la región más pobre de todo el Brasil. En esto, llamaron a la puerta de nuestra cabaña pidiendo ayuda para una parturienta que se encontraba en una pequeña clínica; la discontinuidad de sus contracciones hacía necesaria la presencia de alguien que estuviera a su lado en aquel momento. Fui inmediatamente, porque ya estaba harta de oír hablar de espinacas y quería ver algo distinto. Yo tenía entonces diecinueve años y nunca había visto nacer a un niño.

»La mujer estaba extenuada, con los brazos secos como palos y una tremenda hinchazón en todo el cuerpo. Parecía un árbol cargado de fruto. La vehemencia del dolor le hacía retorcerse desesperadamente. La gente de por allí piensa que una mujer embarazada no debe comer carne de pollo ni huevos, ni beber leche; pero, en realidad, no hay otros alimentos. La mujer en cuestión ya había tenido cinco embarazos, dos de los cuales habían terminado en aborto. La comadrona no hacía más que gritarle: '¡Empuja! Tienes que seguir empujando'. Pero a la pobre no le quedaban fuerzas en su escuálido cuerpo de veintidós años. El esfuerzo se prolongó durante varias horas.

»Cuando finalmente salió el bebé —una niña preciosa—, la mujer tuvo una hemorragia que no había modo de contener. La comadrona trataba de encontrar una vena en aquellos brazos macilentos para ponerle una inyección, pero todo era inútil. Pasaron más de doce minutos, y la mujer seguía gritando, sin parar de sangrar. Cuando, por fin, cesó la hemorragia, la comadrona sentenció: 'Otro embarazo más, y se muere'. Más tarde, ya en la habitación, le preguntó la comadrona si quería tener más hijos. La mujer se giró en la cama y, mirando a la pared, dijo: 'Eso no es cosa mía; preguntenselo a mi marido'.

»El hombre estaba en un bar tomando una copa de aguardiente con sus amigos. La comadrona se le acercó y le dijo: 'Otra vez, y tu mujer ya no lo aguanta'. Y el marido le contestó: '¡Ni hablar! ¿Cómo iba, si no, a saber la gente que yo soy todo un hombre?'. Y dejando plantada a la comadrona, siguió bebiendo con sus amigos.

»Al volver a nuestra cabaña, se lo conté a la monja. Ella me dijo que había que hacer algo. Pero el sacerdote repuso que eso era una nimiedad que sólo se solucionaría por medio de la liberación 'de los pobres'. Así que dejé de discutir con él y corté por lo sano. Dos meses más tarde me marché de allí. No sé si la mujer vive todavía. Por mi parte, había comprendido.

»Después de esta experiencia, mi vida cambió por completo».

«¡Tengo sed!» (Jn 19,28).

Vía crucis en Canto Grande

Canto Grande es uno de los barrios más deprimidos de Lima, capital del Perú, en el que viven casi medio millón de personas hacinadas en un terreno pedregoso y lleno de polvo, al nordeste de la ciudad. Las casas son de caña y cartón con restos de plástico. El barrio carece de electricidad y —lo que es mucho peor— de agua. El terreno está totalmente pelado, sin árboles ni arbustos. Sólo a la puerta de algunas casas —más bien chabolas— pude atisbar unas cuantas flores, plantadas en tierra arenosa, recién regadas y débilmente protegidas de los rayos inmisericordes de un sol inclemente y justiciero. Hasta entonces no había caído en la cuenta de la alegría que puede producir una flor, por frágil y caduca que sea, ni de lo que puede expresar como señal de resistencia y de desafío.

Durante la Semana Santa, pude asistir a una representación de la Pasión de Jesús en la que un grupo de fieles escenificaba las diversas estaciones del vía crucis con los recursos más primitivos de un teatro eminentemente callejero. En la preparación de ese vía crucis habían colaborado dos grupos de jóvenes, algunos asistentes sociales y un pequeño grupo de gente mayor que se reunía normalmente para rezar juntos el rosario. Para la primera estación del vía crucis —«Jesús es condenado a muerte»—, los actores llegaron tarde, y cuando sonó la pregunta: «¿Cómo se condena a un hombre a muerte?», las respuestas brotaron espontáneamente de los participantes: «Mediante el desempleo, dejándole sin medicinas, por medio de la tuberculosis, no proporcionándole hospitales, en una palabra, con la crisis económica, que, para la mayoría, supone una sentencia de muerte». En el mes de agosto de 1990, el presidente Fujimori elevó los precios de la gasolina en un tres mil por ciento, lo que produjo una subida brutal de todos los precios del mercado. Desde entonces, casi la mitad de la población peruana —más de doce millones— vive por debajo del nivel de la más absoluta pobreza.

En la estación «Jesús carga con la cruz a cuestas», una mujer que trabaja en un grupo pro defensa de los derechos humanos proclama que la cruz de Cristo se compone de las innu-

merables pequeñas cruces de los más pobres. Los participantes en el vía crucis escriben sus sufrimientos personales en pequeñas cruces de cartón: la cruz de la miseria, la cruz de la injusticia, la cruz del egoísmo, la cruz de la indiferencia. Todas estas pequeñas cruces individuales se clavan en la enorme cruz de madera que se lleva en procesión a hombros de los participantes. Sólo si llevamos esta cruz colectivamente y ponemos en manos de Dios nuestros sufrimientos, podremos superar la amargura de nuestras cruces cotidianas.

Un grupo de jóvenes escenifica la estación «Simón Cireneo carga con la cruz de Jesús», recreando una situación que viven los jóvenes del barrio. Una chica quiere asistir a una reunión de jóvenes organizada por la parroquia, pero tiene que quedarse en casa cuidando de sus hermanos más pequeños. Al día siguiente, viene a verla una amiga que le cuenta lo bien que lo pasaron en la reunión y le pregunta por qué ella no estuvo presente. La niña, de sólo doce años, le dice a su amiga que su padre vuelve a casa borracho todas las noches y que su madre ya no sabe qué hacer. Entonces la amiga le aconseja: «Deberías hablar con tus padres sobre el asunto». Confieso que necesité cierto tiempo para comprender que la amiga hacía el papel del Cireneo.

La estación en la que Jesús se encuentra con las mujeres de Jerusalén y les dice: «No lloréis por mí, sino más bien por vosotras y por vuestros hijos» es representada por el grupo encargado de la recitación colectiva del rosario. La escena es la siguiente. En una familia acaba de morir un niño, y el padre culpa a su mujer de la muerte del hijo. Entonces llegan otras mujeres y comienzan a preguntarse: «¿Por qué no nos preocupamos más de vuestros hijos? ¿Por qué no hacemos más por ellos? ¿Por qué hemos venido aquí sin traer unos dulces para comerlos juntas? ¿Por qué no vamos a por agua todas en grupo?».

Para representar la estación de la Verónica enjugando el rostro de Jesús, se crea la situación de una mujer que vive sola y que está pegando a su hija mayor porque no ha cuidado de sus hermanitos más pequeños. Según las costumbres de los indios, pegar a un niño está rigurosamente prohibido y no se

debe hacer nunca. Entonces sale una vecina e increpa a la mujer: «¿Por qué pegas a tu hija? Deja que yo me encargue de tus tres hijos y así ya no tendrás que pegar más a esa pobre niña».

El punto culminante del vía crucis llega con la estación «Jesús muere en la cruz». La escenificación se centra en el problema fundamental del barrio: la falta de agua. Primero se lee el evangelio sobre la muerte de Jesús. A continuación, se presentan unos jóvenes con un letrero en el que está escrito: «¡Tengo sed!». Entonces un grupo de mujeres sale a escena y se pone a llamar a gritos al camión del agua. Todos empiezan a gritar: «¡Agua! ¡Agua! ¡Agua!». El conductor del camión cisterna se hace el duro y pide el doble de precio por un cubo de agua. Las mujeres protestan porque no pueden pagar tanto. Entonces el camión da la vuelta y se va del barrio. Las mujeres se juntan y organizan una manifestación hasta la ciudad, en protesta por la falta de agua. Se presentan ante la sede del gobierno, gritando sus propias reivindicaciones, pero la policía carga contra ellas brutalmente y las dispersa a palos. Unas mueren a golpes, mientras otras son atropelladas por vehículos militares. Los niños yacen por las calles como si hubieran muerto de sed. Diez actores escenifican la manifestación. Sobre los cadáveres se alza la voz del narrador: «Han muerto de sed, porque no ha habido nadie que les diera agua. Han muerto de todas las enfermedades provocadas por la falta de agua». Y una de esas enfermedades es precisamente el cólera. A lo largo de toda la escenificación, el letrero con la leyenda: «¡Tengo sed!» ha presidido el desarrollo, sin desaparecer un momento de los ojos de los presentes.

Las comunidades cristianas de América Latina, que heredaron de los españoles la tradición del vía crucis con catorce estaciones, han añadido recientemente una decimoquinta estación que recuerda la resurrección de Jesús. La celebración de Canto Grande termina con un rito conmovedor. Una a una se van desclavando de la cruz principal las innumerables cruces de cartón y se sustituyen por claveles blancos, como símbolo de la resurrección. La cruz del hambre se sustituye por las flores de una comida fraternal, compartida por todos en los comedo-

res populares. Las madres se desvelan por preparar juntas, a precios económicos, una comida bien sustanciosa para todos los niños. La cruz de la injusticia se sustituye por la justicia que se reclama insistentemente con marchas de protesta para que las autoridades terminen por poner en práctica sus obligaciones con respecto a tantas familias que carecen de agua, luz, sanidad y escuelas. La cruz de la enfermedad deberá transformarse en flores de salud, por la que combaten tantos asistentes sociales voluntarios que organizan continuamente cursos de educación y campañas de higiene. La cruz de la pobreza se convertirá en flores de solidaridad. La cruz de la sed se cambiará por flores de agua, al materializarse un proyecto verdaderamente ambicioso: todos los habitantes se han comprometido a trabajar todos los domingos para construir en común un depósito de agua potable para los depauperados barrios de Motupe y Montenegro.

La cruz de la muerte se transformará en flores de vida. En la acción simbólica de ese espléndido vía crucis de Canto Grande, una cruz de madera negra se vuelve cada vez más blanca, cubierta por las flores de la resurrección. Y lo más importante es que a esta nueva cruz también se la podrá besar.

Democracia en período de transición

La mayoría de los países de América Latina se encuentran en estado de transición de una dictadura militar a una auténtica democracia. Pero esa situación no ofrece grandes perspectivas para la esperanza, ya que ni el poder militar ni la tradicional oligarquía feudalística, aliada con los militares, han quedado desposeídos de su enorme poder. Hay todavía muchos países en los que el ejército, que antes mataba impunemente, sigue matando a su placer; luego vendrá una autoamnistía o se impondrá forzosamente la más absoluta impunidad. Por otra parte, los ricos —en Brasil, un tres por ciento de la población, frente al setenta y tres por ciento de los que viven por debajo de los niveles de absoluta pobreza— no pagan, por lo general, ningún impuesto. Por consiguiente, las relaciones

entre el poder y la propiedad siguen siendo las mismas antes, durante y después de las dictaduras militares; la nueva libertad consiste, fundamentalmente, en la posibilidad que se les brinda a los ciudadanos de depositar, de cuando en cuando, su papeleta electoral. A lo que me refiero en el título de este apartado con la frase «en período de transición» es precisamente a ese ininterrumpido y persistente dominio de la oligarquía y de los militares, incluso bajo una Constitución de corte democrático.

Hace unos cuantos años, el vicario general de San Salvador, Monseñor Ricardo Urioste, amigo de Oscar Romero, me hablaba sobre la democracia en El Salvador en los siguientes términos: «Sí, claro, las elecciones fueron libres. Pero, mire usted, de hecho es como si tuviéramos ante los ojos las notas de una hermosa partitura, pero cuando nos ponemos al piano, resulta que no nos da más que una nota que martillea incansablemente: 'Elecciones libres, elecciones libres, elecciones libres...'; y eso es todo. No hay libertad de asociación, no digamos una oposición libre o una libertad en la administración de justicia. Las elecciones fueron una perfecta payasada».

Cabe, pues, preguntarse: ¿Son las elecciones el único criterio para decir que existe una democracia? ¿No habrá en cualquier colectividad, o en una región determinada, otros elementos verdaderamente democráticos que contribuyan a una clarificación de la conciencia cívica, a una redistribución del poder y de sus recursos, y a una supervivencia de los desvalidos, especialmente de los niños, más que el elemento puramente formal de la elección de una Cámara de representantes? Lo más prometedor que he visto en muchos países de América Latina ha sido precisamente en medio de la más absoluta miseria. Los campesinos del Perú se aúnan en un frente común contra el sanguinario poder de Sendero Luminoso y contra el de los propios militares, creando nuevas formas de base auténticamente democrática. En el norte de la provincia de Cajamarca, los campesinos establecen sus propias rondas para defender sus propiedades. Es verdad que también hay ronderos coaccionados por los militares e instrumentalizados para sofocar cualquier insurrección. Existen igualmente determinadas asociaciones de campesinos organizadas por el APRA, el par-

tido de los trabajadores. Pero las principales formas de resistencia son las que no dependen de ningún partido, las organizaciones autónomas, que mantienen viva su propia cultura y conservan las más viejas tradiciones de la vida de los indígenas. El «ayni», es decir, la ayuda mutua, que supone una estricta reciprocidad y que desde hace quinientos años ha favorecido la supervivencia de las tribus indias, vuelve a revelarse como un valor fundamental que asegura trabajo, vida cultural e incluso autodefensa.

En los barrios más deprimidos, con sus casas de caña, plástico y cartón, las mujeres toman la responsabilidad de una ayuda mutua y de una auto-organización de sus intereses. Los propios niños que merodean por las calles fundan organizaciones para defender los derechos de los más jóvenes. Hasta los limpiabotas se agrupan, y las lavanderas tratan de unificar sus salarios. Es interesante ver cómo toda la población marginada crea sus organizaciones. Sin caer en la cuenta de lo que realmente hacen, se rebelan contra el terrorismo de las grandes organizaciones financieras internacionales, que sólo están dispuestas a conceder ayuda económica bajo condiciones muy estrictas y que, en definitiva, siempre se ceban en los estratos más humildes y desprotegidos.

Para la enorme masa de pobres, la promesa del capitalismo «¡Tú puedes conseguirlo! ¡Tú puedes salir de la miseria!» no ha llegado a materializarse, aunque muchos siguen soñando con su progreso personal y con su entrada en la sociedad de consumo. Pero a veces da la impresión —y esto podría ser un nuevo resquicio abierto a la esperanza— que muchos de estos pobres no han entendido esta máxima capitalista, porque su mentalidad proviene de unos presupuestos culturales totalmente distintos, en los que todavía siguen vigentes los valores indios de solidaridad, trabajo en común y ayuda mutua. Pero en cualquier caso, todos tratan de encontrar un camino para que la totalidad del pueblo joven pueda disfrutar de agua en abundancia, y no sólo algún privilegiado que logre escapar del círculo de la pobreza. Un camino que devuelva a todos los niños su derecho a la educación y no tolere que sean sólo algunos los que disfruten de ese derecho asistiendo a escuelas privadas. Un

camino que permita a hombres y mujeres conocer claramente sus derechos democráticos, reivindicarlos con justicia y practicarlos con libertad, aunque en ese período de transición siga creciendo desafortunadamente la prepotencia de unos pocos sobre la inmensa mayoría.

Si a algo se puede aplicar el calificativo de «democrático» —tanto en sus objetivos como en el modo de organizarse o en los métodos de liberar a los débiles—, habría que aplicarlo a los movimientos de base, a esos signos que, aunque sistemáticamente reprimidos, preanuncian la auténtica libertad. Hasta en los períodos más duros de transición, marcados por la prepotencia, el sol no se deja encadenar...

Historia de una trabajadora en la industria del calzado

«Ahora, por fin, después de tantos años sin electricidad y con un solo grifo —que, encima, goteaba— para doscientas veinte familias, vivimos aquí en esta colonia. Mi marido, después de haber protagonizado cinco veces una ocupación de tierras, fue despedido de la fábrica. Pero vamos tirando. Infinidad de veces hemos solicitado dinero al ayuntamiento para pagar la propiedad de este terreno; finalmente, hemos conseguido que se expropiase esta finca. Cuando vino la policía para desalojarnos, empezaron a correr rumores de que éramos prácticamente terroristas; eso comentaba la gente. Entonces nosotros convocamos una reunión de las familias. Un día salió en los periódicos una foto nuestra y nos montaron un proceso, y luego otro, porque nos tomaban por alborotadores. Y el caso es que era verdad...», añade sonriendo hacia su marido.

«Los sindicatos, incluso los más progresistas, ven los problemas de la mujer como una cosa secundaria. Mira cómo es la cosa; si una mujer busca trabajo, tiene que presentar un certificado de esterilización o de que se ha hecho pruebas de embarazo. Eso te lo exigen aquí todas las empresas. Los sindicatos tratan de suprimir esa práctica, pero me temo que va para largo. Con los hombres es distinto. Si uno busca trabajo, no tiene más que dar su nombre y su dirección, y ya está.

En nuestra fábrica de calzado, la mayoría de los trabajadores son mujeres. Aquí en este barrio, el desempleo afecta más a los hombres que a las mujeres. Lo malo es que los hombres, aun cuando se quedan en casa, no hacen absolutamente nada. El caso es que la mayoría de las mujeres aprueba esta actitud, porque ya están acostumbradas a eso. Una mujer vuelve del trabajo y se pone a cocinar, a limpiar la casa, a lavar la ropa; así que no puede asistir a las asambleas de los sindicatos. Una mujer siempre le dará la razón al hombre, tanto en cuanto jefe como en cuanto marido. Lo que más nos falta es una verdadera educación de la mujer. Desde luego, en el terreno sexual; pero también en el aspecto político. Una auténtica educación de nuestra conciencia cívica. Mira lo que pasa. Si una empresa tiene en plantilla treinta o más mujeres, la dirección está obligada a abrir una guardería o, si no, a contratar niñeras o dar pagas suplementarias. Pero esto sólo será viable si las mujeres saben cuáles son sus derechos. En nuestra empresa, nosotras hemos conseguido muchas más ventajas de las que nos ofrece nuestra Constitución. Tenemos subvenciones para los entierros y un permiso retribuido de tres meses después del parto. Pero muchas mujeres siguen faltando a las reuniones que organizamos en la colonia».

Cuando termina, me permito hacerle una pregunta: «Y, qué pasa con la religión? ¿Tiene ella la culpa de esa actitud pasiva de la mujer y de las condiciones de inferioridad a las que se ve sometida?». Las cuatro mujeres y los cuatro hombres que me rodean mueven negativamente la cabeza. Estamos en Brasil; y aquí, el ochenta por ciento de las mujeres son católicas y jamás se atreverían a criticar o a hacer algo contra su fe. Y, sin embargo, un noventa por ciento de esas mujeres usan medios anticonceptivos. Es que eso, en su opinión, no va contra los principios de su fe religiosa.

Explosión demográfica

El método anticonceptivo que más se emplea en Brasil es la esterilización —de la mujer, se entiende, aunque ese tipo de intervención quirúrgica es mucho más sencilla y exenta de po-

sibles complicaciones en el hombre—. Desde mediados de los años 70, la tasa de natalidad ha descendido rápidamente y de una manera llamativa en todas las regiones y en todos los estratos de la población. En este aspecto, Brasil está considerablemente más desarrollado que los países más pobres del continente latinoamericano; pero, por otra parte, el modelo de política demográfica que impera en Brasil encierra unas contradicciones de lo más extremista, contra las que tratan de reaccionar desde las representantes del sindicato del servicio doméstico hasta las asociaciones de madres y los centros de sanidad social.

La cifra de abortos ilegales se estima en unos tres o cuatro millones al año. Las condiciones sanitarias en las que la mujer tiene que someterse a este tipo de intervención son realmente catastróficas. Algunas mujeres beben extraños jugos de hierbas venenosas bien machacadas, otras se ponen de una sola vez varias inyecciones recomendadas para uso mensual, y otras se introducen en la matriz determinados líquidos para provocar el aborto. Eso hace que, cada año, ingresen en los hospitales unas doscientas mil mujeres afectadas de serias complicaciones que, en algunos casos, llegan a producir la muerte.

Los estratos más pobres de la población carecen absolutamente de cualquier tipo de educación sexual o de una correcta información sobre el propio cuerpo, a lo que se añade la falta de un sistema escolar que, por lo menos, llegue a cubrir los niveles más básicos. En la categoría de «pobres» hay que incluir, al menos, a la mitad de la población, cuyos ingresos no suelen superar las seis mil pesetas mensuales por familia. Esta situación de miseria está en hiriente contradicción con la política oficial de sanidad pública propugnada por el gobierno.

En Brasil, el treinta y uno por ciento de los niños nacen por medio de cesárea, lo que significa el porcentaje más elevado a nivel mundial. Pues bien, ¿cómo se explica esa práctica tan desproporcionada de una intervención tan costosa y tan innecesaria, siendo así que el tener niños no es una enfermedad? La razón es evidente. Al mismo tiempo que se practica una cesárea, en esa misma intervención quirúrgica se esteriliza

a la mujer. La cesárea está cubierta por la seguridad social, y los médicos contabilizan sus honorarios correspondientes. En cambio, la esterilización no entra en la sanidad pública y, por consiguiente, supone para los médicos unos ingresos adicionales extraordinariamente lucrativos. La operación tiene que pagarla la propia mujer de su bolsillo, y la mayoría de las veces eso supone un desembolso superior al salario de un mes. Muchas mujeres empiezan a pagar su futura esterilización incluso durante el embarazo, y luego la van amortizando en plazos preestablecidos. Pero, naturalmente, esa práctica conlleva una decisión previa irrevocable por parte de la embarazada. Y entonces se plantea un problema muy serio: ¿Qué sentido tiene esa actitud en caso de que muera el niño?

Durante las campañas electorales, es frecuente que los políticos ofrezcan una esterilización gratuita como promesa electoral. Sobre otros métodos de planificación familiar no se da la más mínima información. El problema queda resuelto de un plumazo, limpiamente y del modo más práctico, más rápido y definitivo. Aquí pasa lo que en política. Igual que los conflictos más serios no se solucionan con penosas negociaciones o con medidas económicas drásticas, sino que se corta por lo sano y todo se arregla con un par de bombas que diezman la población civil y destruyen el equilibrio ecológico de una región entera, así se actúa en los aspectos más íntimos de la vida de una mujer: todo está bajo el más severo control de la técnica, es decir, sometido a los principios de un prepotente patriarcado. De este modo, la mujer queda sexualmente disponible para cualquier momento. La responsabilidad común de una pareja en la planificación de su familia está detrás. Los problemas éticos quedan convertidos en una cuestión de técnica. Así es como el Brasil «camina hacia la modernidad».

Entre los chicos de la calle

En Brasil hay siete millones de niños que viven en la calle. Pero estos datos corresponden a una apreciación más bien conservadora, que sólo cuantifica el número de muchachos que

no tienen la más mínima relación con sus padres o sólo muy ligeros contactos con sus respectivas familias. En un sentido amplio, se podría decir que, en realidad, son más de veinticinco millones los niños y los adolescentes que viven en la calle; allí es donde se las apañan como pueden, donde trabajan, donde aprenden y donde duermen. En la calle roban, en la calle se prostituyen y en la calle son brutalmente asesinados. Según un informe de Amnistía Internacional, en Brasil cada día un niño o un adolescente muere asesinado.

En São Bernardo, la Iglesia metodista y alguna otra organización eclesíástica han puesto en marcha un proyecto para atender a esos muchachos que viven en la calle. En un garaje abandonado han podido instalar una cerrajería. Y allí tuve la oportunidad de encontrarme con esos chicos y con algunos de sus educadores. Transcribo simplemente el diálogo.

—¿Cómo es que habéis venido aquí?

Junio, 17 años: —Yo quiero aprender algo. Sin formación no vas a ninguna parte. Aquí te tienen año y medio; aprendes a soldar, a manejar el esmeril. Es muy divertido.

—Y, ¿puede venir todo el que quiera?

Andrés, 15 años: —Tenemos que tener algún sitio fijo y venir aquí todos los días. Por supuesto, nada de drogas ni cosas robadas.

Jorge, 14 años: —Si falta alguno, lo hablamos en una reunión y vemos si se le admite otra vez. Pero lo normal es que no vuelva por aquí.

—¿Es que se esfuma?

—No, es que se larga a São Paulo. O es que le ha echado mano la policía y le ha metido en un reformatorio. Eso es peor que la cárcel. Yo estuve en uno, y me escapé. Yo no vuelvo a un sitio como ése; antes me cuelgo (y acompaña sus palabras con gesto muy expresivo).

—¿Por qué creéis vosotros que hay tantos chicos que viven en la calle?

Me contestan varios a la vez: —Porque su madre les sacude. Porque los justicieros —policías privados contratados por los hombres de negocios— les pueden meter un balazo. Porque su

padre está en el paro y no hace más que emborracharse y les pega unas soberanas palizas.

Andrés: —Mi hermana tenía doce años cuando, una noche, vino el chulo de turno de mi madre y la violó. Al día siguiente se largó de casa. Ella misma me lo contó.

—¿Te gustaría más estar con tu familia?

Marco, 14 años: —¡Claro que sí! Pero ya hace no sé cuánto tiempo que me fui de casa.

—¿Cuánto hace que te fuiste?

—Pues mira, cuando tenía siete años. Recuerdo que trabajábamos en un mercado. Nos pasábamos la noche descargando camiones; unas cajas que pesaban como muertos. Una noche, a las cuatro de la mañana, cuando ya habíamos acabado de descargar, llegó el jefe con una garrote descomunal y nos echó a patadas, en vez de pagarnos. Fue una marranada, créeme. Desde entonces, no he aparecido por casa.

Un instructor añade: —De todos modos, el gobierno no hace absolutamente nada. Hace unos cinco años empezamos a preocuparnos por los chavales y les preguntamos qué querían hacer. Nos reuníamos una vez por semana y llevábamos algo de comer. No tenemos ninguna casa donde encontrarnos, pero los chicos saben que siempre estamos frente a la biblioteca.

Interviene Junio: —Yo era limpiabotas. Pero a mí y a mis amigos la gente siempre nos engañaba, porque no sabíamos contar. Entonces, nos juntamos una pandilla. Ahora, aquí, me han enseñado a contar.

Jorge me pregunta, a su vez: —¿Sabías tú que en este barrio matan a los chicos? Ya han matado a ciento treinta y ocho.

—¿Cuándo ha sido eso?

—El año pasado. Eso es lo que dicen los periódicos.

—Y, ¿por qué os matan?

Andrés: —Porque había algunos chiquillos que pasaban droga. Eran los «avioezinhos» (así llaman a los chavales de cinco a diez años que llevan cocaína).

Jorge: —Yo hace mucho que conozco a uno, que ahora trabaja con los justicieros. A éstos les paga la gente gorda para que nos maten.

—Y, ¿por qué, si vosotros no tenéis dinero?

Marco: —Porque dicen que tienen que limpiar las calles.

Junio: —Y cuando las calles están «limpias», les dan una propina. Otras veces nos meten en reformatorios.

Otro de los instructores puntualiza: —La policía no se atreve a ir a las favelas; es demasiado peligroso. Los justicieros son los que hacen el trabajo sucio. A eso lo llaman «medidas de seguridad».

Andrés: —¡Bueno, ya está bien! Ya has hecho bastantes preguntas. Ahora nos toca a nosotros. ¿Qué es lo que te ha traído aquí? ¿Qué es lo que buscas?

—Pues, sencillamente, saber qué tal os van las cosas. Además, mira, me gustaría saber qué va a ser de vosotros dentro de cinco años.

Un renacuajo: —Seguro que en el otro barrio.

—¿Y eso? ¿De qué podéis morir vosotros?

Todos a la vez: —De andar husmeando por ahí. ¿No te das cuenta de que tienen sus «medidas de seguridad»? Si yo aparezco por mi casa, mi padrastro me arrea una paliza que me deja tieso.

Un instructor: —Si cogen a uno que ha matado a algún chico de éstos, le meten en la cárcel y hasta le juzgan. Pero lo malo es que, a las dos semanas, seguro que el chivato aparece muerto.

Después de esta conversación con los chicos, me quedo todavía un rato con los instructores. Ellos me cuentan lo que generalmente les piden estos muchachos: «Tenéis que conseguirnos armas. ¿No os dan dinero los de la Iglesia? Pues cogedlo y compradnos armas. Eso es lo que hacen en Sudáfrica. No tenemos otra salida».

Los instructores tienen miedo de perder la confianza de los chicos. «Nuestra misión —me dicen— no es sacarlos de su perra vida en la calle. Dadas las circunstancias, eso es totalmente imposible. Lo único que pretendemos es hacerles un poco más llevadera esta clase de vida».

Me sorprende que entre todos estos chicos que viven en la calle, y que representan unos ochenta mil, no se vea prácticamente a ninguna chica. El tiempo de asistencia a la escuela de éstas es notablemente inferior al de los chicos. Cuando

éstos se reúnen, no aparece ninguna chica, ya sea porque no se enteran o porque no tienen interés o, sencillamente, porque es por las noches cuando mejor pueden trabajar. En realidad, no hay más que una ocupación que les pueda proporcionar un poco de dinero. Las más agraciadas están en los aeropuertos, sobre todo cuando aterrizan los aviones de Air France o de Lufthansa. Las menores son utilizadas principalmente para masturbación.

«Mi abuelo come uvas»

Eva María lleva ya nueve años trabajando en una escuela primaria de una gran ciudad de Brasil. «Cada día las cosas están peor. La situación ha llegado a ser verdaderamente intolerable», suspira la pobre mientras visitamos las clases totalmente vacías.

Las instalaciones de la escuela son magníficas, pero se encuentran en un lamentable estado de deterioro: ventanas con los cristales rotos, enormes grietas y desconchones en el techo, retretes totalmente inservibles, lavabos atascados, clases sin pupitres o sin mesas, por todas partes muebles desvencijados que nadie se ocupa de arreglar o sustituir. La directora de la escuela, una mujer sola con tres hijos, se ve incapaz de hacer frente a tanto vandalismo y sistemático pillaje.

Todos los años, a comienzos de curso, las asociaciones de padres tratan de hacer lo que está en su mano. Muchas de las familias más pobres se han trasladado a la ciudad —por desgracia, a los suburbios más deprimidos— precisamente por sus hijos, para ver si allí tienen más suerte y les va mejor. Hay bastantes que se comprometen a realizar, en su tiempo libre, diversos trabajos de arreglo o de reparación de instalaciones; pero, ¿cómo van a hacer una cosa así las mujeres que viven solas y que tienen hijos pequeños? Muchos padres no tienen dinero suficiente para pagar ni la matrícula más baja para varios hijos, prescindiendo naturalmente de todo material escolar.

La tasa de analfabetismo en Brasil se calcula en un veinticuatro por ciento de la población. La falta de aulas y de personal docente hace que, a lo sumo, sólo el ochenta por ciento de los niños pueda asistir a la escuela. Es frecuente que los maestros se declaren en huelga, porque su salario —unas seis mil pesetas al mes— no les da ni para vivir. En Bolivia, la situación es aún peor; el sueldo de un maestro apenas le da para cubrir los gastos de desplazamiento. Por eso, casi todos los profesores tienen algún trabajo extra; por ejemplo, hacen de taxistas o de vendedores ambulantes, o se dedican a dar clase en diversas escuelas a la vez. Aquí, en Rio Grande do Sul, la reacción del gobierno ante las huelgas ha sido retrasar dos meses la apertura del curso escolar.

«En algunas clases —dice Eva María, encogiéndose de hombros— se oye más el ruido de estómagos vacíos que la propia voz de la maestra». La mayoría de los niños carecen de una alimentación suficiente. Lo más normal es que vayan a la escuela unos dos o tres años, y luego se echen a la calle; allí es donde verdaderamente se educan. El contraste de una educación positiva se da exclusivamente en centros privados, que cuestan un dineral. Aquí rige el principio: Cuanto más pagan las familias, mayores son las subvenciones del gobierno, en muchos casos hasta del cien por cien.

Por otra parte, los mismos contenidos didácticos se orientan al mundo de los ricos y no están al alcance de la realidad que viven la mayoría de los niños. En una cartilla escolar vi la frase siguiente: «Mi abuelo come uvas», algo que para los niños pobres no tiene el más mínimo sentido en ningún aspecto de la vida.

La madre de un desaparecido cuenta su historia

«Mi nieto no tenía más que dos años cuando sus padres desaparecieron. Mi hija se había hecho marxista y se había ido a vivir a un barrio marginal. Un día me la asesinaron. Mi yerno fue cruelmente torturado; y es posible que el niño haya visto cómo torturaban a su padre. Ahora dice que quiere ser

sacerdote. A veces, mis nietos más pequeños me preguntan: 'Abuela, ¿existe Dios?'. Y les contestan los más mayores: 'No puede haber un Dios, porque si lo hubiera, no estaríamos nosotros en Méjico, y papá y mamá estarían con nosotros'».

Carlos Menem, el presidente de Argentina, no hace más que hablar de «reconciliación nacional», pero con eso quiere decir: «Tranquilos, mantened la calma», mientras pone en libertad a los militares encarcelados bajo el régimen de Alfonsín. Argentina envió dos barcos a la guerra del Golfo, lo que suponía una revalorización del ejército en el campo de la política interior. Desde su derrota en la guerra de las Malvinas, el ejército está desacreditado en la opinión pública; al revés de lo que pasa en Chile. Sin embargo, tienen unos sueldos fantásticos. Cuando Alfonsín era presidente, los militares promovieron contra él una campaña de desprestigio. Actualmente, entre los mandos inferiores hay un gran malestar: quieren una recompensa por la derrota, están molestos porque no tienen nada que hacer, porque nadie les da una orden de poner en práctica una represión.

Nuestra esperanza está en las mujeres. Hay seis millones sin trabajo. En los barrios más pobres se crean organizaciones para robar en supermercados, y cada día son más frecuentes los saqueos indiscriminados de grandes almacenes. Pero también se han dado cambios dentro del grupo. Por ejemplo, si una mujer es maltratada por su marido, sale a la calle con un par de tapaderas de cacerola y arma un ruido espantoso, mientras convoca a las vecinas. Los delincuentes y rateros nocturnos tienen miedo de esas mujeres. Según una estadística, las mujeres mueren cada vez más jóvenes; y eso se debe a tres factores: el trabajo, las tareas domésticas y la organización de mesas comunes u otros intentos para sobrevivir».

En mayo de 1991, el famoso director de cine Fernando Solanas fue víctima de un atentado. En un aparcamiento se le acercaron tres jóvenes encapuchados que, después de insultarle y amenazarle por sus críticas aceradas al presidente Menem, le dispararon a las piernas. Poco después, le pasó una cosa parecida a Hebe Bonafini, la presidenta de las madres de la Plaza de Mayo, que fue objeto de una severa amenaza. Si a Hebe le

hubieran disparado, no lo habrían hecho a las piernas, sino más bien directamente a la cabeza.

La espiral de la prepotencia se ha agudizado sensiblemente en Argentina. Mucha gente compara esta situación con la que reinaba hace más de quince años, bajo el régimen de Isabelita Perón, cuando los escuadrones de la muerte de la triple A —AAA, es decir, Alianza Argentina Anticomunista— sembraban a diario el terror y el miedo. Las madres de los desaparecidos están totalmente convencidas de que no habrá una auténtica democracia hasta que no se haga plena luz sobre los verdaderos culpables. El grito «¡Entregádnoslos!» encierra un doble fundamento: la vida no podrá curar sus heridas mientras que los muertos no descansen tranquilos.

Cuando conocer un país es visitar sus cárceles

El 31 de agosto de 1989, Jorge, un joven trabajador de Santiago de Chile, fue gravemente herido en plena calle por cuatro disparos provenientes de un comando civil del servicio secreto CNI. Después de coserle rudimentariamente en el hospital militar, le metieron en la cárcel pública, donde, por lo menos en abril de 1991, todavía seguía vivo. Al conocer el hecho, unos amigos de la familia, exiliados en Alemania, deciden visitar al encarcelado. Le encuentran en un estado lamentable, con las heridas totalmente abiertas y sin poder mover la pierna derecha. El riesgo de una amputación es inminente, si no le trata un especialista. Los amigos, que vienen de un país rico y bien considerado, se ocupan del enfermo, logran encontrar un buen médico y, con ayuda de la embajada, también un hospital adecuado; por último, consiguen una entrevista con el jefe de la gendarmería chilena, que es el responsable de prisiones. Jorge puede ser atendido.

Al oír este caso, recuerdo mi primera visita a Chile, en 1978, como miembro de una delegación europea para los derechos humanos. En aquella ocasión visitamos a un grupo de familiares de desaparecidos que se habían refugiado en tres iglesias para llevar a cabo una huelga de hambre. Yo no me

cansaba de escuchar sus historias. Recuerdo que me impresionó tremendamente la extrema palidez de una joven que hacía huelga por su padre. A pesar de nuestros contactos diplomáticos, no fuimos recibidos por ningún estamento oficial y nadie se prestó a escuchar nuestras demandas. Entonces comprendí, por primera vez, que la solidaridad requiere grandes dosis de valentía. Hay que prescindir de toda idea de éxito; pero, por otra parte, la sensación de ineficacia destruye toda capacidad de compartir el sufrimiento. Lo único que entonces podíamos hacer era dar un poco de ánimo a los huelguistas, escuchar sus tristes historias y tratar de difundirlas en toda Europa.

Recuerdo que nos permitieron visitar una cárcel pública donde había treinta y un presos políticos, pero a condición de que las mujeres nos presentáramos «decentemente vestidas». Yo no había llevado más que unos vaqueros y no tenía ninguna falda. Fue verdaderamente divertido ver cómo, a la mañana siguiente, se presentaron en mi hotel dos chicas chilenas y, entre risas y cuchicheos, me hicieron probarme varios sujetadores, blusas y faldas para aquella ocasión.

Uno de los presos me contó una historia que recordaré siempre. Se trataba de un pastor presbiteriano que había ido a la cárcel por haber repartido a familias necesitadas los alimentos que le habían enviado unos amigos suyos norteamericanos. Todos los días organizaba para sus compañeros de celda —la mayoría socialistas— un servicio religioso con una lectura de la Biblia. Según dijo posteriormente, nunca había tenido una comunidad como aquélla. Cuando le pusieron en libertad, sus compañeros de celda le fueron escribiendo sus nombres en la espalda con el negro de unas cerillas recién apagadas. Era el mes de noviembre y hacía calor. Los guardias le dejaron marchar sin inspeccionarle íntimamente. El pobre hombre tenía miedo de empezar a sudar. Cuando, por fin, logró presentarse ante el comité de pacificación, todavía eran legibles en su espalda los nombres de mucha gente que se había dado por desaparecida.

Esta preciosa historia de escribir con cerillas en la espalda de un excarcelado los nombres de compañeros presos fue para mí un rayo de esperanza. Nombres que se podían lavar fácil-

mente y borrarse en un corto espacio de tiempo. Puedo imaginar la preocupación de este hombre, al encontrarse en plena calle llevando grabados en su propio cuerpo los nombres de unos cuantos supervivientes, el mayor tesoro que jamás habría tenido. Hoy, al cabo de trece años, no puedo menos de preguntarme: ¿Ha cambiado algo este Chile de hoy? Asesinatos sin culpables, muertos sin sepulturas, víctimas sin justicia: esta es la cruda realidad presente. ¿Puede prosperar la joven democracia chilena bajo este peso del pasado? Jorge —a quien, por cierto, ya se le ha curado la pierna— pertenece a la categoría de las «víctimas sin justicia». Condenado a dieciocho años de cárcel simplemente por pertenecer a un grupo de la resistencia y estar en posesión de un arma; eso fue suficiente para encarcelarlo. ¿Cuándo podrán Jorge y los demás presos políticos gozar de plena libertad?

PS: En septiembre de 1991 Jorge fue puesto en libertad y expulsado de su país.

Siembra de violencia

Los diecisiete años de dictadura en Chile son ya agua pasada, pero la sociedad chilena todavía se siente traumatizada y confusa. Para esclarecer las violaciones de los derechos humanos que tuvieron lugar desde el 11 de septiembre de 1973 hasta el 11 de marzo de 1990, el gobierno Aylwin creó la «Comisión de la Verdad y la Reconciliación», compuesta de ocho personalidades de diferentes tendencias políticas, pero sin participación de la izquierda. En el nombre de esa Comisión falta la palabra «Justicia», y eso no por casualidad. En el «Informe Rettig» —llamado así por su presidente, Raúl Rettig—, no deben figurar los nombres de los culpables, porque, según se dice, no hay que anticiparse a la justicia. El «Informe Rettig» es, en cierto modo, una verdad a medias: en las listas se dan los nombres de las víctimas, con la fecha y el lugar de su asesinato, así como las instituciones responsables. Entre éstas, el primer lugar lo ocupa el ejército, con un sesenta por ciento de los crímenes, seguido de los carabineros —cuerpos de policía

al servicio de las fuerzas armadas— con un treinta por ciento. Ahora bien, mientras que los cuerpos policiales han experimentado, en este período, considerables cambios, los militares se han mantenido en sus puestos y se han aprovechado de la amnistía proclamada por Pinochet mediante una ley específica que condona todos los actos violentos perpetrados durante los años 1973 a 1978, precisamente los años más sangrientos de la dictadura.

Los familiares de los presos y de los desaparecidos afirman con respecto al «Informe Rettig»: «Tenemos derecho a saber qué es lo que ha pasado con nuestros familiares. Nuestras exigencias no se cumplen con sólo decirnos lo que ya sabemos... Si están muertos, ¿quién es el culpable?, ¿quién dio la orden de asesinato?, ¿dónde están enterrados? ¿Es ésta una exigencia desmesurada? ¿Pedimos demasiado si queremos saber los nombres de los que mataron a nuestros parientes y si exigimos que sean llevados a los tribunales y condenados según justicia?».

El ex jefe del servicio secreto DINA, Manuel Contreras, calificaba las revelaciones del «Informe Rettig» como «totalmente improbables y carentes de toda relevancia histórica. No hay nada de lo que disculparse, nada por lo que haya que pedir perdón».

En abril de 1991 —unos días antes de mi llegada a Chile—, el consejero de Pinochet, Jaime Guzmán, fue asesinado en su automóvil por un comando terrorista cuando se había detenido ante un semáforo. En su actividad de senador y de jurista, Guzmán era el símbolo de la derecha en Chile; declarado enemigo del régimen de Salvador Allende, se convirtió más tarde en el pilar intelectual del nuevo gobierno. El fue el que redactó la Constitución de 1980, que unía el sistema económico neoliberal con un marcado autoritarismo (que es como se prefiere llamar ahora a un régimen decididamente tiránico). Sin duda, la mejor jugada estratégica de Aylwin ha sido volver a separar estos dos elementos, que son los pilares del Estado. Así se quede presentar ante el ala conservadora con esta sugerencia: Podéis continuar como antes con vuestra política económica, seguros de que para ello no tenéis por qué sentirnos vinculados a Pinochet y a la dictadura.

En los días siguientes al asesinato de Guzmán, el miedo volvió a recrudecerse en muchos círculos de Santiago de Chile. Días antes del atentado, el periódico «Financial Times» publicaba un artículo en el que se afirmaba lo que ahora dice abiertamente el presidente Aylwin: La ayuda del antiguo sistema resulta imprescindible; sin el aparato oficial del ejército y de la policía, no se pueden manejar las riendas del poder. La violencia terrorista, sobre cuya organización secreta no hay más que meras suposiciones, se decanta clamorosamente por una falsa situación que es la que hoy se daría en el país: se habría organizado un nuevo servicio secreto, se habrían elevado los presupuestos de la policía civil y de la criminal, se podrían llevar a cabo registros domiciliarios sin mandamiento judicial, etc. Los partidarios de Pinochet, sobre todo en el ejército, siguen con sus afirmaciones —igual que antes— de que Chile se encuentra envuelto en una guerra sucia, o sea, en fase de un «terrorismo selectivo». Pero esto es, precisamente, lo que rechaza el «Informe Rettig». Según los datos de este informe, en el Chile de 1973 no se produjo una situación de guerra civil que pudiera justificar las continuas violaciones de los derechos humanos por parte de los militares. No cabe duda que, actualmente, en los barrios más depauperados crecen el odio y la desesperación, una rabia apenas contenida y un acusado sentimiento de venganza, ya que el cuarenta y siete por ciento de la población vive por debajo de los niveles mínimos de subsistencia y no hay ninguna clase de reparación para los perseguidos por el antiguo régimen ni una rehabilitación de los familiares de víctimas asesinadas. Lo importante es que ese deseo mayoritario que clama justicia no se manifiesta en atentados o en otros actos violentos, sino en actitudes plenamente democráticas que, a los ojos de los antiguos gobernantes —que todavía gozan de su prepotencia—, son quizá mucho más peligrosas. Por eso, éstos esgrimen el asesinato de Guzmán para ahogar cualquier discusión —por otra parte necesaria— sobre el «Informe Rettig».

Al cabo de unos meses de mi visita a Chile, me llega una buena noticia. Sobre el «Informe Rettig» se ha publicado recientemente un folleto, masivamente difundido en los barrios

más pobres, que trata de impulsar la educación cívica. Se pretende poner en marcha un proceso de pedagogía social y de reflexión colectiva sobre temas tan capitales como «Verdad, Justicia y Reconciliación». Tres mil voluntarios se han comprometido a trabajar incansablemente en esta campaña contra la actitud de silencio. El folleto lleva un título muy hermoso: «Para creer en Chile».

Tradiciones indias autóctonas

Estamos en el altiplano, entre Perú y Bolivia. En una meseta natural nos hemos reunido con diez mujeres indias. Todavía hay sol, y la temperatura es suficientemente templada como para sentarnos al aire libre, aunque —eso sí— arropados con ponchos. Apenas hace viento y se está muy bien. Este tipo de reuniones se celebran cada dos semanas. A nuestro alrededor jueguetean media docena de chiquillos, mientras una de las mujeres está dando de mamar a su pequeño de unos dos años. Me doy cuenta de lo poco exigentes que son los niños. Estos, al menos, no dan ninguna lata ni se enzarzan en sus peleas habituales; se entretienen buscando algún agujero y hostigando a los animalitos, o se tumban tranquilamente a soñar sus fantasías.

Las mujeres comentan cuáles deberán ser las medidas para un futuro próximo. Su plan es agrandar sus minúsculos invernaderos, en los que cultivan tomates, judías y calabacines, para poder suministrar más mercancías al mercado central de La Paz. Pero el problema más importante que se ha ventilado en esta reunión, desde que llegaron, es cómo seguir manteniendo las tradiciones de su propia cultura. «Nuestra familia todavía mantiene vivas las costumbres de nuestros antepasados en la economía doméstica, en el cuidado del ganado y en el cultivo de las tierras. Pero en estos últimos años hemos sufrido una tremenda sequía. Nuestros hombres se marchaban fuera en busca de trabajo; por eso, toda la responsabilidad recaía sobre nosotras». Las mujeres llevan el típico sombrero de las chollitas, y algunas de ellas unas cuantas faldas superpuestas. A

pesar de todo, no dejan de quejarse: «Nuestro modo de vestir va desapareciendo. Ya apenas se llevan los vestidos hechos a mano; se prefiere la ropa ya confeccionada que se vende en las tiendas de la ciudad. Y lo malo es que no sabemos de dónde vienen esos tejidos. Hemos perdido nuestros hábitos, porque ya casi no se vive a la antigua usanza. A la mayoría, pero sobre todo a las jóvenes, les da vergüenza llevar vestidos típicos. Las chicas no hacen más que decir: '¡Qué horribles faldas las de franela!'».

Toda esta gente está viviendo una transición de sus viejos hábitos indios a una cultura totalmente distinta. Todavía conocen bastantes hierbas medicinales y las usan como remedio en sus respectivas familias, pero los productos farmacéuticos van ganando terreno. «Yo me pregunto —dice una de las presentes— por qué tenemos que preferir esos medicamentos que se venden en las farmacias». Entre ellas todavía hablan en aymará y tienen muchas dificultades con el español; lo que pasa es que, en la ciudad, la mayoría de los empleados domésticos responden invariablemente en español si se les pregunta en aymará. Se avergüenzan de su origen indio. Y otra cosa de las que más se avergüenzan es de ser «ciegos», es decir, de no saber leer ni escribir. ¡Vaya una expresión —pienso yo, tremendamente impresionada— para designar a las culturas preliterarias!

Ahora bien, ¿hay alguna posibilidad de preservar las tradiciones precolombinas? A decir verdad, eso no parece más que un sueño de ciertos grupos o de algunas organizaciones indígenas, o una especie de teoría romántica sostenida por algunos miles de colaboradores en el desarrollo de esos países y por algunos turistas. Pero, ¿cabe pensar seriamente que ese sueño se convierta en realidad?

En una aldea de Méjico de población mayoritariamente india, había una mujer que tenía un tumor cerebral. El diagnóstico del médico fue claro: «¡Hay que operarla inmediatamente!». Pero el caso debía ser debatido en comunidad. Mientras tanto, unos le aplicaban hierbas medicinales y otros iban en busca de la curandera. Finalmente, la comunidad se declaró en contra de la operación. Dos meses más tarde, moría la mujer.

Unos decían que había muerto porque otra mujer, una bruja, le había echado un maleficio. No se puede uno fiar de las nuevas técnicas de la medicina; porque, en ese caso, ¿quién va a poder quitarle a un niño los gusanos que le consumen? Pero la comunidad vecina sentenciaba: Habéis seguido la tradición, es cierto; pero no la habéis aplicado correctamente y de una manera crítica. Habéis recurrido al espíritu de la brujería. Tenemos que aprender cuándo y cómo aplicar nuestras tradiciones. Sí a la producción en común, sí a la distribución justa como lo determine el consejo de los responsables; pero no a la brujería.

Ahora bien, ¿hay alguna posibilidad de permanecer fieles a la tradición o de conservarla, pero de manera productiva? ¿O es que la marcha arrolladora de una cultura universal es imparable? Lo que en tiempos pasados encarnaban los colonizadores o los misioneros se hace presente hoy de manera más efectiva, aunque anónima, por medio del comercio mundial y la televisión. La cultura occidental, para imponerse, necesita la aniquilación de los otros (en el sentido de la obra de Tzvetan Todorov, *Die Eroberung Amerikas. Die Frage nach dem anderen*, Francfort 1983). El comercio tiene que ser un comercio mundial; y la televisión deberá tener, dentro de lo posible, un alcance sin fronteras, como la poderosa cadena brasileña —la de más amplia cobertura en todo el continente sudamericano— que se llama precisamente «Televisión Globo». Cualquier modo de vida que no se funde exclusivamente en una productividad económica o se someta a sus dictados será implacablemente arrasada.

En una reunión de mujeres peruanas procedentes de la capital y del campo, estas últimas se explayaban sobre sus condiciones de vida. Fieles a las viejas costumbres de los indios, podían satisfacer sus necesidades primarias, en cuestión de alimentación, con un poco de carne y abundancia de fréjoles y maíz. La producción alimenticia alcanzaba para unos dos o tres meses al año; desde noviembre hasta enero había que apañarse de la mejor manera posible. Durante esos meses morían muchos niños, porque las madres no podían darles de mamar. Pero, en realidad, no eran tantos, porque la mayor parte de

los matrimonios se celebraban durante el mes de agosto, y así los niños que nacieran próximamente tendrían buenas perspectivas de sobrevivir bastante bien.

En la civilización india existía una especie de «agricultura itinerante», es decir, las faenas agrícolas se realizaban sucesivamente de lugar en lugar. Toda la población de una aldea se trasladaba a otra en la que se cultivaba el maíz y, a continuación, a otra aldea en la que se cultivaba la patata. Así explotaban las dos clases de tierra de labor, según las exigencias de las condiciones climáticas de cada una, en un ritmo alterno: un año se explotaba la tierra de un cultivo y, al año siguiente, se dejaba en barbecho. Las relaciones económicas se basaban en un sistema de intercambio: dos sacos de patatas por uno de maíz. Este principio de reciprocidad, fundamento de toda comunidad india —el «ayllu»—, todavía sigue vigente en muchos sitios. Toda la población se ayuda mutuamente tanto para construir sus casas como para recolectar sus cosechas.

La reforma agraria llevada a cabo por el régimen militar del Perú en 1969 intentó cambiar el cultivo tradicional del maíz y de los fréjoles por una producción masiva de arroz. Pero este último requiere tres veces más de agua y su valor alimenticio es mucho más bajo. El propósito era industrializar el país, por lo que no se promovía suficientemente la reforma agraria. Era de esperar que los grandes latifundistas volvieran a invertir en el campo sus relativamente copiosos capitales provenientes de las indemnizaciones; pero esa esperanza se quedó en una pura ilusión. El mal funcionamiento de la agricultura y su escasa productividad han acarreado a los campesinos mucha más miseria que la causada por todos los fenómenos naturales juntos.

A pesar de todo, la gran masa de población de origen indio trata de permanecer fiel a sus tradiciones. La vinculación con su tierra es, ante todo, un compromiso con sus muertos. El servicio fúnebre —que se concluye con una comida común— se prolonga en un velatorio que dura, por lo menos, una semana. Aunque el difunto ya esté enterrado, sus vestidos y enseres quedan expuestos en su cabaña durante todo el velatorio. Cuentan que una vez, en una aldea, irrumpieron en una caba-

ña unos cuantos miembros de Sendero Luminoso mientras se celebraban las honras fúnebres. El hecho se consideró como la injuria más afrentosa que se podía hacer a toda la comunidad. Lo mismo que cuando unos soldados del ejército regular, en un ataque por sorpresa, se apoderaron de una mujer y le cortaron la cabellera. La destrucción sistemática de los hábitos comunitarios y de las tradiciones de las comunidades andinas, que durante quinientos años han supuesto, de hecho, una cultura de resistencia, es posiblemente la peor agresión que han sufrido los pobres de América Latina por causa de esa nueva cultura universal, sin verdaderas alternativas, que se les trata de imponer.

Aquella reunión de mujeres en los alrededores de Lima, en la que un grupo de campesinas contaban sus desgracias a las mujeres de la ciudad, terminó en un llanto generalizado. Y las que más lloraban eran precisamente las de la ciudad.

Vacas o café

El Ministerio de Agricultura mejicano propone a la población de origen indio que vive en el sur del país, en el límite de la frontera con Guatemala, una alternativa interesante: «¿No os gustaría más dedicaros a criar ganado vacuno y generar buenos productos para la exportación? El gobierno os proporcionaría el ganado totalmente gratis».

La comunidad india se toma su tiempo para deliberar. Acostumbrada a cultivar maíz y fréjoles, su alimento fundamental, no está dispuesta a prescindir de esos cultivos tradicionales. Pero, por otra parte, no estaría nada mal la cría de unas cuantas vacas. La población se pone de acuerdo en que podrían dedicarse a criar ganado vacuno; para ello necesitarían unas cincuenta reses.

El encargado ministerial, profundamente sorprendido, no puede menos que exclamar:

—¿Cómo? ¿Cincuenta reses? Pero eso sería ridículo. Tenéis que tener, por lo menos, quinientas.

Le responde el representante de la comunidad:

—No tenemos tierra para tantas.

—Tenéis tierra de sobra, unos pastizales preciosos para el ganado.

—De ningún modo. Las tierras las necesitamos para el maíz, para los fréjoles, para las legumbres. Si vivimos precisamente de eso.

—Dejaos de legumbres y de tonterías. ¿Para qué malgastar las tierras? Lo que debéis hacer es vender la carne a buen precio, y así podréis comprar todo el maíz que necesitéis.

Los campesinos recuerdan lo que pasó en la aldea vecina. Hace unos doce años, vino un tipo de la ciudad y les convenció de que debían dedicarse a la producción de café. Y ellos aceptaron. Durante una buena temporada, los ingresos fueron excelentes. Pero resultó que el precio del café sufrió un bajón tremendo en los mercados internacionales, y el poblado no tenía otra solución que seguir produciendo café. Fue entonces cuando se dieron cuenta de que los granos de café no son comestibles.

A todo esto, el encargado gubernamental seguía impertérrito:

—Bien, o quinientas reses o nada; es mi última oferta.

Y así acabó la negociación.

The following is a list of the names of the persons who have been appointed to the various committees of the Council of the Institution of Mechanical Engineers for the year 1911-12. The names are given in alphabetical order of the surnames.

The Council of the Institution of Mechanical Engineers is composed of the following members:

The President is Mr. J. H. ...
 The Vice-Presidents are Mr. ... and Mr. ...
 The Secretary is Mr. ...
 The Treasurer is Mr. ...

The various committees are as follows:

The Committee on the Education of Engineers is composed of Mr. ... and Mr. ...
 The Committee on the Education of the Public is composed of Mr. ... and Mr. ...
 The Committee on the Education of Women is composed of Mr. ... and Mr. ...
 The Committee on the Education of the Young is composed of Mr. ... and Mr. ...
 The Committee on the Education of the Old is composed of Mr. ... and Mr. ...

The names of the members of the various committees are given in the following list:

The names of the members of the various committees are given in the following list:

The names of the members of the various committees are given in the following list: